

El Cantar de

Por "El Libro de las Crónicas" sabemos que Salomón, nacido en Jerusalem, era el décimo hijo de David, habido con Betsabée. Este rey poeta, vencedor de Goliath, reinó en Israel durante cuarenta años. Llegado a la ancianidad, perdió la dirección del gobierno y, aprovechando la virtual acefalía, otro de sus hijos, Adonías, encabezó un movimiento para apoderarse del poder sin que el conato de usurpación fuese conocido de su padre. La historia de estas vicisitudes puede leerse en el "Libro I de Los Reyes".

Nathan, otro de los hermanos de Salomón y que además era profeta, informó a Betsabée de la conjuración política que ponía en peligro su vida y la de su hijo, instándola a que resguardase la seguridad de ambos, a quienes el usurpador seguramente trataría de eliminar. Esta gestión de Nathan obedecía al hecho de que David había anunciado oportunamente a su tribu que Salomón sería su sucesor en el trono de Israel, pues justipreciando las cualidades morales y la prudencia de cada uno de sus hijos, Salomón prometía un reinado pacífico y honroso, dadas las excelencias de su espíritu y la clara mentalidad con que venía imponéndose a la consideración pública.

Cuando David supo por la misma Betsabée la conducta de Adonías, dio una orden perentoria para que los sacerdotes y los príncipes congregados en Gihón proclamasen a Salomón Rey de Israel y de Judea. Corría el año 1032 a C. Realizada la ceremonia con los rituales de costumbre, David llamó a su hijo y le aconsejó que gobernase conforme a la más pura tradición de los reyes, desde los tiempos de Saúl, manifestándole que confiaba en su sabiduría para que nunca se apartara de la Ley y del amor a Jehová.

Salomón comenzó a gobernar con mano firme, castigando severamente a los revoltosos y agitadores proclives al desorden en esos momentos de transición. Pero también perdonó a aquellos que a juicio del monarca no habían procedido por maldad sino por error. Porque así habría de entenderse la justicia.

Afianzado su poder, tomó por esposa a la hija del Faraón, más bien como una actitud política que como inclinación sentimental, desde que esa unión le aseguraba la alianza militar y económica con el poderoso monarca de Menfis.

Poco después de su ascensión al trono se le apareció Jehová para expresarle su satisfacción y el deseo de servirlo: "Pídeme lo que quieras" dijo-le el Dios de Israel. A lo que Salomón repuso: "Quiero la sabiduría, un corazón apacible para juzgar a tu pueblo, una mente lúcida para comprender y distinguir el bien del mal".

El pedido era extraño en la boca de un mortal y Jehová quedó complacido. Era la primera vez que un hombre no requería a su Dios riquezas, ni honores, ni bienestar material. Y naturalmente

Jehová concedió a Salomón la sabiduría y la bondad, con lo que el famoso rey llegó a ser el hombre más sabio de la tierra. "Más sabio que Salomón", fue la forma de significar en los siglos posteriores la suma sapiencia de aquel hombre, y Dante, en el "Paraíso" de su Divina Comedia expresa por boca de Tomás de Aquino que Salomón no tuvo segundo. En efecto, al concederle Jehová la sabiduría, ya le advirtió que nadie podría igualarlo en el futuro, como nadie hubo antes con quien se pudiera compararle.

La quinta que entre ambos reberbera
difunde tal amor, que todo el mundo
ansioso, siempre nuevas de ellas espera;

En su mente encerró saber profundo,
y si lo verdadero es verdadero
por su alta ciencia no tendrá segundo.

Como se ve, Dante sitúa a Salomón entre las luminarias que circundan a la Rosa mística, y expresa que el mundo de abajo —los terrestres—, siempre están ansiosos de tener nuevas noticias del excelso profeta, porque si los libros sacros dicen la verdad, no surgirá un segundo tan clarividente y de tanto saber. Así Dante da a Salomón categoría de precursor del cristianismo, principalmente por el templo erigido a la divinidad única, en medio del politeísmo de las naciones vecinas, e incluso de las tribus hebreas.

El Dios de Israel fue magnífico con el rey que sólo había pedido sapiencia, dotándolo de cuantiosas riquezas, con las que pudo realizar las grandes obras públicas que habían de dar lustre a su reinado y asombro a las naciones circundantes. El famoso templo y el palacio real han quedado en la leyenda como ejemplos de magnificencia arquitectónica. Ambas construcciones, dirigidas por arquitectos de Hiram, se edificaron con piedra labrada, maderas de cedro y de hayas. El trono se fabricó con marfil y oro; en fin, un despliegue de lujo y de riquezas nunca conocidos, ni en el reinado de David.

Como magistrado de la justicia Salomón demostró un ingenio que ha trascendido en las edades posteriores. Sucedió una vez que dos mujeres del pueblo disputaban la maternidad de una criatura, ambas con apasionada porfía. En la dificultad de adjudicar el niño a la auténtica madre —pues una debía de ser falsa— Salomón ordenó que el infante fuera cortado en dos pedazos y entregado cada uno de éstos a las rivales. Ante esta solución, la verdadera renunció al niño y esa actitud probó a Salomón que la verdad estaba de parte de la renunciante, porque un sacrificio de esa naturaleza sólo cabe en el corazón de una madre.

Salomón mantuvo amistad con Hiram, rey de Tiro, quien le proporcionó los materiales y la mar

los Cantares

de obra necesarios para edificar el templo. La inauguración de este monumento señala el período culminante de la historia hebrea, pues todas las reliquias y objetos del culto fueron trasladados al nuevo templo, cuyo esplendor constituyó una de las maravillas del mundo mágico. Incluso las tablas de la Ley, dictadas por Moisés, fueron depositadas en el templo.

El nombre del monarca cruzó las fronteras y su fama llegó a lejanas comarcas del Oriente. La reina de Saba, célebre también por sus riquezas en el país del Punt, acudió a Jerusalem ansiosa de conocer personalmente a Salomón, y le honró con cuantiosos regalos de especias, maderas olorosas, oro y marfil. Salomón no fue menos generoso y retribuyó con largueza a la visitante real, llenándola de obsequios cuando regresó a su país.

A pesar de su sabiduría, o por eso mismo, Salomón no desdenaba los placeres mundanos; ni fue esquivo al amor de las mujeres, ni a los manjares de la mesa, ni al buen vino guardado en las bodegas del palacio para alegrar los corazones en las horas del banquete y en las fiestas rituales.

El sabio rey, sensible a los encantos femeninos, al declinar la curva de sus años empezó a sentir pasiones vehementes, de manera especial por las doncellas extranjeras, y como dice el texto, "amó a las hijas del Faraón, a las de Moab, a las de Ammón, a las de Idumea, a las de Sión, a las de Heteas". Arrastrado por esa pasión, de amorío en amorío (tuvo hasta trescientas concubinas) fue olvidando sus deberes para con Jehová y abandonando el cumplimiento de los preceptos de la Ley, para consagrarse a los cultos extraños, a los dioses sanguinarios y crueles de sus amantes, desde Astarté hasta Moloch. Jehová se irritó y dejó solo al otrora dilecto hijo de David, y Salomón llegó al final de sus días anatematizado y abominado en la medida que había sido distinguido y amado por su dios y su pueblo.

En los Proverbios y el Eclesiastés está volcada la sabiduría de Salomón, por medio de sentencias que enseñan las relaciones humanas con las divinas, el sentido de la justicia temporal, la proyección de los pecados y los castigos que merecen las violaciones de la Ley. "De más estima es la buena fama que las muchas riquezas, y la buena gracia, que la plata y el oro". (Prov. XXII-1). Esta sentencia es una norma ética y la conducta habrá de completarse con la humildad de la vida. "Alábetse el extraño y no tu boca; el ajeno y no tu labio". (Prov. XXVII-2).

En el Eclesiastés, fruto maduro de una existencia experimentada en la lucha, el dolor y los desengaños, Salomón encara la vanidad de todas las ambiciones: "vanitas vanitatis". El honor, la gloria, la fortuna, los anhelos nobles o espúreos que desviven al hombre, toda esa carga de ensueños y desvelos irá a concluir en la nada, en el polvo de

la tierra, en el olvido. El mundo es vano y vanos son los afanes en este "bajo y relativo suelo". Por ello se podrá realizar al bien al semejante, pero con humildad, esa humildad que solamente se encuentra en el corazón de los sabios. Porque "el sabio tiene sus ojos en la cabeza, mientras que el ignorante anda en las tinieblas. Y sin embargo, los mismos sucesos le acaecerán al uno y al otro". (Ecles. Cap. II). Uno y otro han de ser víctimas de las pasiones humanas, de los flagelos terrestres; uno y otro están destinados a morir, y entonces, ¿qué sentido tiene la soberbia del mortal, que mañana será apenas un recuerdo lamentable, con que se anticipa el olvido total?

Esta posición estoica no es pesimista, sino puramente sabia. La sabiduría enseña que las cosas del mundo son así. La impaciencia de los que no saben esperar el desarrollo natural de los hechos, siembra en el espíritu infinitas congojas y desdichas, porque aquellos olvidan que "para todas las cosas hay sazón y todo lo que deseamos debajo del cielo, tiene su "tiempo prefijado": tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de cosechar; tiempo de destruir y tiempo de edificar". (Ecles. Cap. III).

Este es el tono del Eclesiastés, una serie de máximas que han trascendido a las culturas occidentales, verificadas en su acierto por la filosofía posterior tanto como por la experiencia milenaria anterior a Salomón, como vemos estampada en la filosofía vulgar de los antiguos, como por ejemplo, en los opólogos del Pantchatantra.

Sabemos que desde tiempo inmemorial se atribuye a Salomón "El Cantar de los Cantares", en los que más de un poeta posterior se ha inspirado, tanto como en los modelos de la lírica pagana. Los cánticos están integrados por una serie de poemas en prosa, cuyos temas y estructura poseen en esencia el espíritu semita, particularmente el árabe. Si los despojamos de la mención que se hace con frecuencia de "las hijas de Jerusalem", y "las riquezas del Líbano", "El Cantar de los Cantares" podría adjudicarse sin violencia a Omar Khayyam, a Hafiz o a Saadi. De allí que no parezca inverosímil que estos cánticos hayan sido agregados a los Proverbios y el Eclesiastés, al solo efecto de completar una trilogía de obras, adjudicadas para su gloria al más sabio de los mortales.

Fácilmente se percibe que la tónica de "El Cantar de los Cantares" no corresponde al espíritu profético y apocalíptico de los libros judíos. Los propios motivos del canto no se avienen con la rigidez teocrática de los reyes, sacerdotes y profetas de ese tiempo, y la inclusión de la Sulamita en el poema parece una mera adaptación, a fin de que ambos personajes —el amado y la amada— tuvieran sentido en tierras de Israel.

J. MARIO FLORES